

llegó á tomar el título y que se vino á casa, y que le arrimé á la botica para que practicara lo que había estudiado, eso es... porque sin práctica, de nada valen las teorías; y, amigo de Dios, como una seda desde el primer instante. Una soltura y un arte... eso es, un arte como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa... Pero, vea usted, ¡qué caray!: no había que pensar en mirar muy de cerca lo que hacía, porque ya le tenía usted con las manos trabadas, materialmente trabadas, eso es... vamos, que hasta era capaz de echarlo todo á perder... por el genio, por el arrastrado genio.

— ¿Le tenía malo?

— ¡Quiá! Corto... ó ¡qué sé yo? Desde muchachuelo fué lo mismo; y ¡si vieran ustedes lo que eso le perjudicó durante la carrera!... Porque sin esa condición, hubiera lucido el doble trabajando menos: eso es. Pero yo esperaba que se le fuera modificando con el tiempo y según iba él viendo mundo y tratando gentes. ¡Quiá! En ese punto no ha habido señal de enmienda: al contrario, si bien se mira.

— Pero ¿tan corto es de genio, don Adrián?

— Tan corto ó tan... yo no sé, don Alejandro, no sé lo que es. Él va á todas partes; él entiende de todo un poco, y es afable y cariñoso con todo el mundo... y es inteligente y listo ¡caray! y placentero y servicial... eso es; pero al mismo tiempo tiene la manía de que cuanto á él se le ocurre es pura insignificancia, y cuanto hace, una chapucería, mientras que le para y le asombra cuanto piensan y hacen los demás... Les digo á ustedes que es raro el caso... ¡muy raro, caray!... y una lástima, sí señor, una lástima; porque yo tengo mis razones para creerlo así, y sin que me ciegue la pasión de padre... sin que me ciegue, eso es... Digo que tengo mis razones, y verán ustedes por qué... Como tiene conmigo bastante confianza, porque al fin y al cabo soy su padre, en cualquier punto que tocamos en nuestras conversaciones se deja correr guapamente... vamos, sin recelo mayor que digamos... eso es... sin recelo; y el chico, entonces, habla y habla, no mucho, pero bien, hasta con su poco de

calor... y con arte ¡caray!... con... vamos, con fe en su idea; y eso que se le conoce que no da todavía todo lo que tiene; que ve en sus adentros... eso es, en sus adentros, bastante más de lo que dice... Pues ¡caray! ocurre que sobre esos mismos puntos le tira de la lengua el primero que llega á la botica, ó le coge en la calle ó en el Casino; y ya es otro hombre diferente: ya le falta, vamos, aquella seguridad y aquel mirar sereno, y aquel orden en las razones... y aquella firmeza de palabra... y ¿qué sucede? que amilanándose así, se desconcierta, se confunde, y sale del paso con una cuchufleta de chicuelo, eso es, cuando no con una tontería... ¡Caray! á mí no me gusta eso, y se lo digo así... «Pero, hombre, tente firme en tu puesto, habla con formalidad, eso es, con el aplomo que tú sabes cuando quieres...» Pues nada, don Alejandro: me responde muy serio que está convencido de que no se le ocurre cosa ni idea que valgan dos cuartos; que es una pura vulgaridad, eso es, y un hombre enteramente insignificante, ¡caray! Y de aquí no hay quién le saque.

— Es raro eso, ¿verdad, Nieves? ¡Y para lo que hoy se usa!...

— Y les advierto á ustedes que lo mismo es en lo poco que en lo mucho. Por ejemplo: está cantando á media voz... en la botica ó en su cuarto, porque él nunca está de mal humor... Digo que está cantando, y cantando bien, eso es... cosas de teatro que oiría en Madrid, creo yo, porque no se parece el cántico á los de acá... La voz es llena y de hombre, bien templada... vamos, una buena voz á mi entender: pues llego yo, ó llega cualquiera: ya le tienen ustedes turulato, como si hubiera cometido un pecado mortal. Eso es... Otro caso más raro: tiene mucha afición al dibujo y á la pintura, y sus avíos correspondientes para lo uno y para lo otro... eso es. A lo mejor le ven ustedes encaramado en el Miradorio, ó acurrucado en la vega, ó delante de un paredón viejo, con el pincel en una mano, su cajita de colores en la otra, un pomito con agua á un lado y su libreta sobre las rodillas, pinta que pinta. Pues que le diga el más guapo que le enseñe lo que ha pintado... ¡caray! primero le enseñará el hí-

gado... Eso es. Que se arrime alguno á él cuando se halla en estas operaciones: se pondrá encarnado como la grana, y ya no sabrá lo que hace...

— ¡Conque también pinta? — exclamó Nieves que escuchaba con suma atención al boticario.

— ¡Caray si pinta! — contestó don Adrián sobándose mucho el codo; — y hasta creo que bien, por lo que he logrado atisbar yo y lo poco que lo entiendo... Pero aguarden ustedes, que es posible que tenga alguna cosilla de esas en el cartapacio de su atril donde suele guardar las recién acabadas... eso es.

Metióse el boticario en la trastienda, renqueando un poquillo: abrió una puerta que había á la derecha, entró por ella, y no tardó en volver con unas cartulinas en la mano. Púsolas en las de Nieves, porque ellas fueron las que más se adelantaron para cogerlas, y la dijo:

— Ahí está lo último que ha hecho. Ustedes que lo entenderán mejor que yo, podrán decir si tiene algún mérito.

Nieves separó las cartulinas y pasó una

mirada rápida sobre ellas, pero ávida y ardiente.

— ¡Mira, papá, — le dijo con entusiasmo volviéndose hacia él, — qué acuarelas tan lindas! ¡Con qué facilidad y con qué valentía están hechas! ¡Qué frescura de color!... ¡Ay, don Adrián! — añadió mirando al boticario que se derretía de placer con el éxito de aquellas obras de su hijo. — ¡Si viera usted lo que cuesta hacer estas cosas! ¡Si supiera usted las fatigas y los años que se pasan para llegar siquiera á la mitad de este camino!

— Pero ¿dónde demonios ha aprendido su hijo de usted á pintar, y á pintar de este



modo? — preguntó don Alejandro que todo se volvía ojo para mirar y admirar las acuarelas.

— De manera, — dijo muy suavemente el boticario, soba que te soba el codo, — que dan ustedes alguna importancia á esas pinturas?

— ¡Muchísima! — respondieron unísonos Nieves y su padre.

— Me alegro, ¡caray! sí señor, me alegro... Eso es. Pues Leto, según me ha dicho, aprendió á pintar así... porque algo ya lo sabía él desde el Instituto, con un compañero de posada que tuvo en Madrid, y parece que era pintor de nota... Eso es. Se querían mucho los dos, y aún se escriben de vez en cuando. El pintor está en Roma ahora.

— ¿De modo que esta es la gran afición de Leto? — preguntó Bermúdez.

— ¡Quiá!... — respondió el boticario, echando la cabeza á un lado y casi cerrando los ojos al recargar el acento de la palabra y de la sonrisa; — esa afición es la de los ratos perdidos... vamos, la última de todas. Otra muy distinta es la que mate-

rialmente le cautiva y le trae á mal traer, sí señor, ¡caray! Es mucho cuento lo que le emborracha.

— La caza ¿eh?

— No, señor: la mar... Tampoco la mar propiamente, sino la embarcación con que anda por ella: su balandro... ¡qué balandro? su yacht.

— ¡Canástoles!

— ¿Y tiene un yacht... un yacht de veras? — preguntó Nieves, apartando sus ojos de las acuarelas para fijar en el boticario su mirada henchida de curiosidad.

— Un yacht, señorita, — respondió don Adrián en tono muy ponderativo: — un yacht, así, en puro inglés; y de lujo, ¡caray! lo que se llama de lujo... eso es: vamos, un yacht de regatas, de primera. Esos son sus amores verdaderos; lo que más le entusiasma en el mundo y de lo único que se atreve á hablar con calor y con fe y sin aturrullarse delante de las gentes... Ya se ve: no es obra de sus manos ni de su idea, y por consiguiente... eso es.

— Pero, señor don Adrián, — díjole su amigo chanceándose: — usted se ha corrido

mucho, se ha despilfarrado... porque un yacht de esas condiciones, no se compra con dos cuartos.

— ¡Caray! ¡Yo lo creo!... Pero no se piense usted que el pobre boticario... ¡Quiá! ¡Pues están los tiempos, gracias á Dios, para esas sangrías... caray, caray! No, señor. La procedencia del yacht es otra historia, señor don Alejandro. Verán ustedes. Leto, como le dije á usted, hace á todo... eso es; y lo mismo que pinta y navega... porque lo de navegar es ya viejo en él, anda por montes y barrancas con la escopeta al hombro, y conoce la comarca hierba á hierba y canto á canto... eso es. Pues, señor, que se descubrió aquí una mina pocos años hace; que la compró una compañía inglesa, y que vino un ingeniero de allá para explotarla. Este inglés era mozo, algo arlotte como todos los ingleses, y muy campechano y muy animoso para todo; que Leto y él se conocieron en el Casino; que resultó que tenían unas mismas aficiones, y cata que llegan á hacerse muy amigos. Al inglés le gustaban las setas; pues ya estaba Leto diciéndole dónde las

había legítimas, sin la menor sospecha de hongo venenoso, y acompañándole á cogerlas... eso es: medio día de campo; que berros, pues en tal parte; y á buscar los berros; que caracoles ó ranas ó cualquier otra porquería de las muchas que devoraba aquel hombre... pues á ello los dos; que esta clase de caza ó que la otra: lo mismo. Leto tenía un bote, malo por supuesto; pero andaba á fuerza de vela; el inglés se las pelaba por esa diversión en que era gran maestro... ¡Caray, yo lo creo! como que era del *Royal-Club* de su tierra, y había ganado no sé cuántos premios de honor en regatas famosas... eso es... ¡uf! y hombre muy principal y acaudalado, sí señor... y buen mozo. Pues golpe al bote á todas horas... y atrocidad va y atrocidad viene... porque no sé cómo no quedaron en una de ellas. Eso es. Por otra parte, estaba enamorado de nuestra bahía, que ya sabe usted que es de lo mejor del mundo, dicho y confesado por inteligentes extranjeros. ¡Caray, si es cosa buena!, y estando enamorado de la bahía y de la afición y el arte de Leto, no pudiendo adquirir aquí una embarca-

ción á su gusto, hizo traer, á fuerza de dinero para que llegara pronto, un hermoso yacht de regatas que él tenía en su país. Pues, señor, que viene el yacht, y que Leto, al lado del inglés, aprende á manejarle en cuatro días, y que se me vuelve medio loco el hijo ¡caray! de puro gozar en aquel, vamos, en aquel deleite, eso es, tan nuevo para él... y échate mar afuera los dos hasta perderse de vista, y vira acá y vira allá dando con los topes en el agua y haciéndome á mí pasar las de Caín de susto y de congoja, eso es... hasta que me convencí de que no había tanto riesgo como aparentaba... En fin, señor don Alejandro, que Leto y el inglés andaban siempre como la uña y la carne; que llegó la hora de marcharse á otra parte el ingeniero porque la mina salió huera, y que al marcharse le regaló el yacht á mi hijo, ¡caray! que quieras que no, con todos sus enseres y cachivaches... Eso es. Y por eso tiene Leto un yacht tan lujoso. Cada lunes y cada martes le zarandea por la mar. Ayer salió á media mañana, con su correspondiente pitanza, por si acaso... eso es. Pues volvió

entre día y noche, como dije á usted en mi carta. Quise que subiera hoy á Peleches; pues ¡caray! casi de rodillas me pidió que no le diera comisiones de esa clase. Subir conmigo ya era otra cosa, y hasta lo haría con sumo gusto; pero solo... es mucho cuento. En eso quedamos al cabo; y entre si me animaba yo á subir esta tarde ó no, llegó su amigo el Ayudante de Marina, con quien tenía pendiente un partido de billar... porque ésta es otra de sus aficiones y el único vicio, eso es, que se le conoce; y fuéronse al Casino poco antes de llegar ustedes... Que lo siento en el alma ¡caray! porque se hubieran conocido aquí todos, y eso tendríamos adelantado... Eso es.

— Y es bastante, ¡canástoles! — dijo Bermúdez revolviéndose en su banquetta, — y hasta sobrado para meternos en ganas de conocer de cerca á ese mozo tan simpático y tan... Hombre, se me ocurre una idea: súbanse mañana los dos á comer con nosotros en Peleches... Ello había de ser, conque anticipémoslo, y de ese modo, quitará el pobre Leto el escalofrío, como los bañis-

tas perezosos, de un chapuzón... ¡ja, ja!... ¿No es verdad, Nieves?

— Me parece una gran idea, — respondió ésta entregando al mismo tiempo á don Adrián las acuarelas. — Y dígame usted de mi parte, que cuando vaya nos lleve algunas obras más de esta clase, para verlas... y admirarlas... ¡Ay, qué bien lo hace, don Adrián! ¡Quién fuera capaz de la mitad de ello siquiera!

— ¿De veras, señorita? — preguntó el boticario conmovido de gusto.

— ¡Y cuidado! — díjole don Alejandro — que ésta es del oficio, y su voto, de calidad, por consiguiente...

— ¡Caray! de ese modo, ya lo creo... Sí, señor, eso es. Pues tocante á lo del convite, yo con alma y vida le doy por aceptado desde luego, mi señor don Alejandro... Del chico, no sé qué decir á ustedes: siempre me saldrá, por disculpa, con lo de costumbre cuando le conviene esconder el bulto: con que no puede faltar uno de nosotros de aquí, sabiendo, como sabe, que el mancebo se sobra y se basta, sí señor, para el servicio ordinario; porque bien acreditado lo

tiene... eso es... Pero en un caso como este, puede que vaya... iré, sí señor, iré. Es asombradizo como les he dicho á ustedes, ó corto... ó no sé qué; pero ha corrido mundo, tiene luz allá dentro... justamente; sabe distinguir de colores, y á ustedes los considera... ¡caray, si los considera!... Y una descortesía no la comete él con nadie aunque le ahorquen... Ahora, en cuanto á llevar consigo las pinturas, ya varía... y de eso sí que no respondo... En fin, se hará lo posible, eso es... Y un millón de gracias por la fineza, señores míos.

En esto entró don Claudio Fuertes, y se habló de otras cosas; y cuando llegó el momento de salir los tres á voltejear por la villa, dijo el boticario al comandante retirado:

— Si tocan ustedes en el muelle, enseñeles el yacht, aunque está fondeado un poco lejos. Ya van enterados de todo... Eso es.

